

DE BUENAS LETRAS

Las patrias

JOSÉ VICENTE PASCUAL

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Cuántas veces he leído la frase pimpolluda: «Mi patria es el idioma». Cuando un escritor quiere ponerse estupendo, entre cosmopolita y moderno, suelta semejante mantra y queda como Nuestro Señor Jesucristo en las bodas de Caná. Algunos la utilizan para quitarse de encima los incordios de la (des)afeción política, lo que no es asunto sin importancia en estos tiempos; irse de ligero a la hora de manifestar filias (no digamos fobias), y caer bajo el ojo avizor de los noventa mil torquemadas con mando en plaza que ejercen en España, puede causar malheridas y serio peligro de muerte civil; y lo que es peor: cada nuevo libro del crucificado no será fruto de un fecundo proceso creativo y un feliz acuerdo editorial, sino de un sinvivir y unos cuantos sobresaltos. De tal modo, cuando surjan estos temas de conversación inconvenientes a la sobremesa (recuerdo las notas de urbanidad que estudiaba en el colegio: no discutir de política ni de religión, no ha-

blar sobre enfermedades ni de personas que estén en presidio), lo mejor es acogerse a la fórmula elegante de la evasiva. Mi patria es el lenguaje. Ya lo dije antes: como Dios.

Lo casi peor es que algunos autores (va de suyo, sobre todo literarios), creen de verdad en esta cabriola intelectual. Unos, por vocación universalista, de descreencia en cualquier sustrato común civilizador que estableciese estructuras de poder escindidas del pensamiento y su expresión hablada o escrita; otros por cabezonería vernácula, eternos vindicantes de la singularidad agravada del idioma en que se expresan, por lo general de poco uso fuera de su comunidad autónoma. En este caso, lógicamente, la tradición literaria no tiene nada que ver. Ni siquiera tiene que ver, por fortuna, con el reduccionismo absurdo al que los agentes culturales someten a idiomas de una riqueza histórica monumental, como serían los casos, en España, del gallego y el catalán. Vaya todo por Dios... Después de trabajosos siglos constru-

yendo un valioso legado literario, llegamos al punto en que dichos idiomas han trascendido su condición universal (como cualquier expresión del arte y el humano espíritu) para convertirse en lenguas oficiales de una administración que gobierna cuatro provincias según fórmula de competencias transferidas. O sea, como ser concejal en Cuenca aunque con algo más de fuste. Ya lo dijo quien lo dijo, y dijo bien: con frecuencia, la cultura es el peor enemigo del arte.

Me parece muy bien que alguien no quiera tener patria, es muy dueño y en su derecho está. Pero refugiarse en el idioma para negar la mayor es como decirse esquimal objeto de la nieve. O cambia usted de nortes o cambia de ideas, que en esta vida no pueden ser al mismo tiempo pájaros y huevos. A la inversa, quien reduce su propio idioma a la experiencia incompleta del hecho autonómico, no cae en la cuenta de que conforme intenta engrandecer el entorno epistemológico (con perdón), minimiza la herramienta central en este empeño, el idioma que ya de por sí era y es mucho más extenso y posee mayor capacidad persuasiva que todas las instituciones a cuyo servicio se le postra. Cuanto más una y grande la patria, más insignificante el idioma instrumental. Lo que hay.

De veras, cuando oigo o leo el famoso aserto, «mi patria es el idioma», siempre pienso lo mismo: o no se aclaran, o el idioma les importa lo mismo que la patria. A algunos nada, a otros demasiado